

A un poeta en el día de su muerte

MANUEL MAGARIÑOS

Por ARTURO CUADRADO

El color desconocido amanece en el horizonte de las incompreensiones. Luz nueva que declina la vida en un día de sorpresa. Con la palabra que inicia la noticia que nunca llega, cual las ilusiones que escapan, el mar que duerme y el viento en principio.

Ha quedado dormida la tarde paralizada en tu nombre. Verbera de tu nacimiento lejano cuando la risa vitaliza el contento de la tierra. Sin temor a desaparecer bajo los arcos del puente. Oyendo despeñarse el agua en torbellino de deseos. Así tu necesidad de dejarnos pronto.

Toda tu personalidad, tu nombre, tu propio espíritu, han germinado en el día de verano, en el día de sol fuerte que reclina su cansancio sobre el paisaje de la misma vida.

Poeta, por Galicia queda tu voz en la tierra que traga insaciable tus esencias líricas. Uno más que en la diversidad de los caprichos entona su canto fúnebre en las alegrías de su propio corazón.

Antorchas en caminos de Galicia tamizan este día frío del recuerdo ante la muerte. Todo gira en torno a tu invisible. A los íntimos caprichos que emanaban de tu palabra tranquila por las ruinas hechas por los duendes.

¡Magariños! En tu despedida fácil—horas antes de partir para el viaje seguro—aún detuviste tu mirada en alturas del cielo.

Era en un día de música, de fiesta lejana, ceñida por el juego de las cuatro esquinas de la cama—mapa mundi de ilusiones—. Yo miraba en el ángulo del aire algo que se movía: el personaje oculto que vibra en el descuido. Magariños en silencio, rebosante de vida suya, ágiles las manos envolviendo el adiós, el último adiós del amigo. Y no preguntaba por las cosas ingenuas de nuestro deseo infantil. De los amores ausentes que gustaba escuchar en mis narraciones de optimismo, te-

cabrían serios concursos de mayos, de comparsas drúidicas con aliento literario, foliones típicos con casetas pintorescas en el castro de Santa Susana—uno de los más bellos lugares del mundo—donde toda la aristocracia gallega, para darle ejemplo al pueblo, vistiendo el traje regional rindie-

niendo a la muerte al alcance de nuestro miedo.

Instante final que recordó a Paul Valery:

Felices son los muertos en la tierra [rra que los entibia y seca de misterios.]

Ahora el amigo que desaparece en una curva. El pañuelo blanco queda impreso en el momento de su aparición. ¿Morir? ¿Para qué?

Muchas veces en las tardes de Negreira volveré a encontrarte. Entre los pinos que duelen tu ausencia, entre las aguas del río que me enseñaste en tu azul.

La verdadera ausencia será en estas páginas del diario en que nos acompañabas con tu colaboración, en tus libros, en las horas de estudio en Compostela, en tu vibración política genuinamente nuestra, en tus cartas íntimas que guardas para contestarlas un día nuevo.

Después no comprender nada. No saber nada. Que tu libro, que tu hijo, que tu árbol florezcan en la obra de pasión que envuelve tu última mirada hacia el mundo Niño que vuela sin comprender la palabra enfermedad. Cerrando los ojos en tu bondad hacia el mismo Dios que te enseñó la canción de los días.

Motivos de gustos selectos en el alba de tu época. Captando todas las sensaciones de lo bello. Entre libros de poetas extraños que seguías al igual que la noticia del pintor o la visión del cincasta.

Siendo siempre vigía de todo, menos de tí mismo, porque al descuido un golpe en un hombro apagó tu voz.

Tu voz hoy muda envuelve tristeza. Ya tu cuerpo en la tierra entibia y seca para tí, para tí buen amigo que ausentas los colores de aquella nuestra hojilla volandera que celó a la luz y a la noche.

No tengas miedo, otro día nos encontraremos hablando de nuestras cosas sin motivo y sin fin. Como en el día de tu muerte que entornaste con el gesto sereno de tu gran poema inédito. Del poema que nunca nadie sabrá!

Y que tu lugar esté siempre en tu presencia como lo estará en nosotros.